

CAPITULO XXVIII.

EL DON DE PIEDAD.

SUMARIO.—Lo que es el don de piedad.—En qué se diferencia de la virtud, de la religion y de la caridad.—Dos objetos del don de piedad: Dios y el hombre.—Sus efectos respecto á Dios.—Respecto al prójimo: obras de misericordia, corporales y espirituales.—Necesidad del don de piedad, opuesto al espíritu de envidia.—Lo que es la envidia.

El don de temor es el primer grado de la escala misteriosa, que debemos recorrer para volver á Dios: el segundo es el don de piedad. El temor que viene del Espíritu Santo, como tiene algo de filial, contiene en germen el don de piedad, que brota de aquel como su primera flor y primer fruto. Para dar un conocimiento práctico de este nuevo beneficio, responderemos á tres preguntas: ¿Qué es el don de piedad? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál su necesidad?

1º ¿Qué es el don de piedad? *La piedad es un don del Espíritu Santo, que nos llena de afecion filial para con Dios y nos hace honrarlo como Padre* (1). San Pablo canta este don delicioso, cuando dice: "No habeis recibido espíritu de servidumbre para que vivais todavía dominados por el temor; sino que recibisteis el espíritu de adopcion de hijos, con el cual clamamos diciendo: Padre mio, Padre mio (2)." Así el don de piedad, igualmente que el

1. Donum pietatis est habitus in voluntate hominis infusus, ad prompte et faciliter sequendum specialem instructum Spiritus Sancti, qui in repentinis movet eam, ut affectu filiali feratur in Deum ut Patrem, et exhibeat cultum et honorem Deo ut Patri. *Vigier*, c. xii, l. § 5.

2. *Rom.*, viii, 15, 16.

de temor, obra en el alma una nueva creacion. Si el hombre es poco sensible al temor de Dios, lo es todavía ménos á su amor. La insensibilidad del corazon es uno de los mayores obstáculos para la salvacion.

Mas cuando sobreviene el Espíritu de piedad, el corazon se cambia de repente; este espíritu hace en el corazon lo que el fuego hace en la cera. El fuego ablanda la cera, la pone en disposicion de recibir toda suerte de impresiones, y además la derrite y la hace correr como el agua y el aceite (1).

Este milagro del don de piedad lo distingue de la virtud de la religion y constituye su superioridad. Por la virtud de la religion, el hombre honra á Dios como Criador y soberano Señor de todas las cosas; por el don de piedad lo honra como Padre. La virtud de la religion ve en Dios la majestad; el don de piedad, ve, además de la majestad, la paternidad. La virtud de la religion nos hace adoradores respetuosos; el don de piedad nos hace hijos respetuosos y amantes, y que tenemos respeto precisamente porque tenemos amor (2).

Así, el don de piedad crea un nuevo orden de relaciones inefablemente dulces y nobles entre Dios y nosotros. De la clase de criaturas nos eleva á la dignidad de hijos, y derrama en nuestro corazon los sentimientos propios de esta filiacion gloriosa, como nos da todos sus derechos. Este favor, apenas sospechado por el Judío y completamente desconocido del Gentil, arrebató en admiracion al apóstol San Juan. "Considerad, nos dice, cuál caridad nos ha dado el

1. Factum est cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei. *Ps.*, 21.

2. Considerando Deum ut Creatorem et ut Patrem, excellentius est exhibere ei honorem filiali affectu tanquam patri, quam ut creatori et Domino, quasi servili affectu: et ideo donum pietatis est potius quam virtus religionis. *Vig.*, *ibid.*

Padre, queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios, y lo seamos (1)."

El don de piedad se diferencia también de la caridad bajo dos aspectos; el espíritu de piedad es el excitador de la caridad, como el viento es el impulsor de la nave. La caridad nos hace amar á Dios, porque es infinitamente perfecto é infinitamente bienhechor; el don de piedad nos hace que lo amemos, porque es padre, más padre que todos los padres, padre de los cristianos y de todos los hombres á quienes amamos como hermanos (2).

2º ¿Cuáles son los efectos particulares del don de piedad? Se cuentan dos efectos principales ó actos particulares del don de piedad, según los objetos respecto á los cuales se ejercita. Son estos objetos: Dios y todo lo que al mismo pertenece, sus templos, sus ministros, su palabra; el prójimo, su cuerpo y su alma (3). Siendo Dios el principal objeto del don de piedad, resulta de aquí que el acto principal de este don es el culto filial, interior y exterior que damos á Dios.

Culto interior. Se compone de todos los sentimientos de fé, esperanza y caridad impresos en un corazón ablandado por el fuego de la piedad filial. Sentimientos todos que revisten un carácter particular, difícil de explicar. En efecto, ¿cómo decir lo que son los deliquios de amor, las resoluciones heroicas, las lágrimas placenteras, los santos deleites, las dulces familiaridades, la confianza y las confidencias infantiles, las mismas quejas y los tiernos reproches del alma que se siente hija y esposa de Dios? Prestemos oído atento á algunos de sus ecos. Ella le dice en sus ternuras: Mi amado para mí y yo para él. . . . yo le así; y no

1. I Joan., III, 1

2. S. Anton. XV, c. 1.

3. Id., *ibid.*

le dejaré (1). En sus expansiones: Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón; tú eres mi herencia; fuera de tí, no hay nada para mí ni en el cielo ni en la tierra (2). En sus arideces: ¿Hasta cuándo [me olvidarás? Bien ves que soy en tu presencia como un jumento, y mi alma como una tierra sin agua (3).

En sus tristezas: ¿Por qué apartas de mí tu rostro? ¿Por qué te manifiestas como dormido, oh Señor? ¿No ves que mi voz ha enronquecido á fuerza de llamarte? Pero haz lo que hazas, yo no me apartaré de tí sin que me bendigas (4). En su desaliento: Aunque me mates, Señor, esperaré en tí (5). En sus sufrimientos: Preciso es confesar, que sois maravillosamente hábil para atormentarme: ¿Por ventura soy yo duro como las piedras; ó mi carne como el estaño? ¿Está bien, oh Dios mío, que descargueis todo el peso de vuestro poder contra una hoja seca que se lleva el viento? (6) En los reveses de la fortuna, ó en la pérdida de los ollegados: Cállome, Señor, y no abro mi boca; porque sois vos quien lo ha hecho, así sea, oh Padre mío; puesto que así lo habeis tenido á bien: (7) En sus mismas faltas. Sois mi Redentor y mi Padre; vos me perdonareis mi pecado, porque grande es (8).

He ahí algunos de los sentimientos que el don de piedad despierta en el alma y que dan la medida de la superioridad

1. *Cantic.*, III, 4.

2. *Ps.* 56, 72.

3. *Ps.* 142, 12, 72, 118.

4. *Ps.* 43, 68; *Gen.* xxxii, 26

5. *Job.*, xiii, 15.

6. *Job.*; x, 16; vi, 12; xiii, 25.

7. *Ps.* 3.; *Matth.* II, 26.

8. *Is.*, lxxiii, 16; *Ps.* 24.

dad moral, que el mundo cristiano debe al Espíritu Santo (1).

Culto exterior. A estos sentimientos de piedad filial corresponde un orden de hechos privados y públicos que llevan impreso el mismo carácter. Hechos privados: entre el Padre celestial y su hijo, el hombre, todo se hace comun; tienen las mismas alegrías, las mismas tristezas, los mismos intereses, los mismos pensamientos, el mismo objeto. Penetrado de ternura este hijo ama sobre todas las cosas la gloria de su Padre. A fin de procurarla ó de repararla todo le viene llano, oraciones, mortificaciones, limosnas, buenos ejemplos y buenos consejos, trabajos, sacrificios. Cuando ve los ultrajes que se hacen á su Padre y las almas que el paganismo moderno le arrebató, hácersele pesada la vida. Para hacer más ligera esta carga, se asocia con ardor á todas las obras reparadoras.

La más preciosa de todas, la *Propagacion de la fe*, tiene en él uno de sus más ardientes partidarios. No se verifica una nueva conquista evangélica, cuya noticia no lo inunde

1. El cristiano, hijo de Dios, en sus relaciones con el Padre celestial, llega, gracias al don de piedad, hasta un grado de familiaridad que nos asombra, sin dejar por esto de ser legítima. Se echa de ver sobre todo en sus oraciones. Véase una de ellas que con sumo placer traducimos. El original italiano, escrito toscamente, con faltas de ortografía y de prosodia, está sacado del devocionario de un paisano de Colle Berardi, cerca de Casamari, llegado á Roma para las fiestas de Pascua de 1858. Un francés recogió sin escrúpulo alguno este papel. Las señales evidentes de un largo uso hacían creer que su dueño lo sabía de memoria. "Eterno Padre! Os presento dos letras de cambio.—Una es la acerba pasión de vuestro único amado Hijo, muerto por nosotros en la cruz.—La otra es el dolor de su santísima Madre que por mi amor y por mi culpa sufrió tan amargas penas.—Cobraos, pues, Eterno Padre, de estas dos letras de cambio lo que os debo y volvedme el resto, rifatemi il resto."

de alegría; no se suscita una persecucion que no lo conmueva hasta arrancarle las lágrimas.

Si ama la gloria de su Padre, no ama ménos su casa. El sonar de la campana que lo llama, hace vibrar todas las fibras de su corazón y pone en sus labios aquellas palabras de los verdaderos Israelitas: Alegría me causa lo que se me dice: Iremos á la casa del Señor. Su porte da á entender el respeto filial de que está poseído. La pompa de las ceremonias, la magnificencia de los ornamentos sagrados, el brillo de los vasos del altar, constituyen su más vivo espectáculo.

Léjos de considerar como una pérdida, á semejanza de los Judas antiguos y modernos, las ricas telas, la plata, el mármol, las piedras preciosas que se ofrecen á Nuestro Señor en sus templos, querria, por el contrario, tener en su mano todas las riquezas del mundo para regalárselas á su Padre. Tales son las disposiciones y los hechos que en el orden privado revelan el espíritu de piedad filial.

Hechos públicos. La más alta expresion del don de piedad filial es el culto católico que manifiesta un océano de amor. En sus festividades, en sus sacramentos, en sus ceremonias, no hay nada que sea sombrío, seco ó extraño; todo por el contrario, respira dulzura, é infunde confianza. Solo el amor canta, y el catolicismo siempre está cantando. Canta sus alegrías y sus tristezas; sus temores y sus expiaciones aun las más duras; canta hasta la misma muerte y los misterios de la tumba.

Si, canta siempre, porque ama siempre y su amor está siempre respirando inmortalidad. ¿Qué dicen sino todos sus cantos, sus himnos, sus prosas, sus prefacios? Una sola cosa: amor. ¿Qué son en efecto sino la traduccion, bajo mil variadas formas, de la divina oracion del amor filial:

Pater nuestro que estás en los cielos? No se ha visto, ni se verá jamás cosa semejante entre los paganos, ni entre los herejes. La razón de esto está en que el espíritu de piedad no se encuentra más que en la Iglesia.

¡Dios mío! Nadie tan padre como vos: nadie tan tierno: *Tam pater nemo, tam pius nemo* (1). Ved, pues, lo que el don de piedad ha venido á poner en el corazón y en los labios del género humano; del género humano que durante cuatro mil años estuvo diciendo: Moriré ciertamente, porque he visto á Dios (2), ¡Y ante esta revolución, profunda como el abismo, brillante como el sol, inexplicable como Dios, aún hay quien venga á pedir la prueba de la verdad del cristianismo y de la divinidad del Espíritu Santo.

Sin embargo, el fuego no solo ablanda la cera, sino que la liquida y la hace correr: esta misma acción ejerce sobre las almas el espíritu de piedad. El amor filial que nos inspira hacia Dios, se difunde primeramente sobre lo que pertenece más de cerca á Dios; los ángeles, los santos, los sacerdotes (3).

Para no hablar más que de los ministros del Señor, el don de piedad nos da el sentido práctico de estas palabras: "El que oye, me oye á mí; y el que os desprecia, á mí me desprecia (4)." Y el de estas otras: "El que es adoctrinado en la palabra, haga partícipe de todos sus bienes al que lo adoctrina (5)."

Para el que está iluminado por el don de piedad, no es el sacerdote lo que por desgracia es para el mundo actual, ni un hombre como otro cualquiera, ni un extranjero, ni

1. *Tertulian., de Penitent.*, c. viii.

2. *Judic.*, xii; 22.

3. *S. Anton., ubi supra.*

4. *Luc.* x, 16.

5. *Galat.*, vi, 6.

un enemigo de las luces y de la libertad; sino que es el embajador de Dios, el bienhechor de la humanidad, el maestro más seguro, el mejor de los amigos. De aquí la ternura filial que se encierra en el corazón de los verdaderos católicos hacia los padres de sus almas; la docilidad en seguir sus consejos, la solicitud que pasan por sus necesidades, la dicha que experimentan en recibir sus visitas, en ofrecerles hospitalidad, en hacerlos partícipes lo mismo de las alegrías que de las desgracias de familia; las súplicas que elevan por su conservación; el celo con que salen á su defensa ó la prisa que se dan para cubrir sus faltas con el manto de la caridad. El Espíritu de piedad filial, abarcando toda la gerarquía sagrada, desde el soberano pontífice hasta el último de los clérigos, asegura la dicha de la sociedad, porque es la salvaguardia de la ley fundamental de su existencia: *Honra á tu padre y á tu madre, y vivirás largos años sobre la tierra.*

El hijo que ama á su padre, no ama solamente á sus enviados, sino que ama también su palabra (1). A los ojos del cristiano, animado del espíritu de piedad, la palabra de Dios, ya lo comprenda ó no, es igualmente querida y respetable. Sabe que le viene de su Padre y que es la verdad; esto le basta. Si la comprende, la acepta sin discutir. Si no la comprende, pregunta su interpretación, y no á su razón individual, sino á la Iglesia. El impío que blasfema de la Escritura santa, el hereje que la desnaturaliza, el mal cristiano que la desdeña, y critica y hace burla de la palabra divina, le causan horror.

Como el hijo bien nacido no lee jamás sin enternecerse el testamento de su querido padre; así el verdadero católico

1. *Tertius actus pietatis, quæ est donum, est Scripturæ sacræ intellectu non contradicere, cum sint verba Dei. S. Anton, ubi supra.*

nunca lee el Antiguo y, sobre todo, el Nuevo Testamento, sin que su lectura le hable al corazón. A imitación de San Carlos, lee el texto sagrado de rodillas y con la cabeza descubierta, y como San Antonio se asombra, no de que un emperador escriba al último de sus súbditos, sino de que el mismo Dios se haya dignado de escribir al hombre. Mas todavía, á ejemplo de los primeros cristianos, lleva frecuentemente consigo mismo el Evangelio: y así viaja como esté de asiento, alimenta todos los días con él su corazón y su espíritu.

Otro de los objetos del don de piedad, es el prójimo (1). La virtud natural que se llama piedad filial, nos conduce á amar no solamente á nuestro padre carnal, sino además á todo lo que está unido á él por los lazos de la sangre. El espíritu de piedad lleva á cabo el cumplimiento de este deber de un modo mucho más perfecto y dilatado. Mucho más perfecto; la gracia y no la naturaleza es su principio y su móvil: mucho más dilatado; todos los hombres son su objeto. Del corazón donde reside el don de piedad, brota produciendo las siete obras de misericordia corporales y las siete espirituales. Es semejante al candelero de oro que con sus siete brazos iluminaba el templo de Jerusalén y lo embalsamaba con los más suaves perfumes. Estas obras, hijas del don de piedad, abarcan todas las necesidades de la humanidad. Que se cumplan fácilmente, y las sociedades tocarán á su perfección y la tierra será un cielo. Basta nombrarlas para probarlo.

Las siete obras de misericordia corporales son:

1.^a *Dar de comer al hambriento y de beber al sediento.* Siendo el alimento la primera necesidad del hombre, es

1. Quartus actus ejus est constitutus in miseria subvenire. *S. Ant., ubi supra.*

también el primer objeto y el primer acto del don de piedad ¿Puede un hermano ver sufrir á su hermano, sufrir hambre y sed sin darle de comer y de beber? Pero entre el hombre que socorre á su semejante y el cristiano que ejerce la caridad, hay una gran diferencia.

El primero obra por el móvil completamente humano, de la fraternidad natural; el segundo, por el impulso superior de la fraternidad divina. El primero puede dar, solo el segundo se da. El primero da á los que ama; el segundo da aun á sus enemigos. El primero es inconstante, el segundo perseverante como el principio que le hace obrar. Basta al primero haber dado el pan y el agua: la dicha del segundo consiste en consolar al necesitado y añadir á lo estrictamente necesario, algo más que sea compatible con sus recursos y esté en armonía con las necesidades del pobre.

2.^a *Dar posada al peregrino:* Puede el hombre no necesitar pan para saciar su hambre, ni agua para apagar su sed; pero va de viaje y es extranjero. Se cierra la noche y no tiene abrigo ni medios de procurárselo. El Espíritu de piedad quiere que lo tenga, y lo tendrá. A diferencia de la hospitalidad natural, que antes de abrir su puerta examina los andrajos del pobre y su semblante, la hospitalidad cristiana lo recibe á ojos cerrados y con los brazos abiertos. Sabe que en la persona del pobre, cualquiera que pueda ser, dispensa acogida y albergue y abrigo al Mendigo celestial: *Christus est qui in universitati pauperum mendicat.*

3.^a *Vestir al desnudo.* El Espíritu de piedad filial ha dado y sigue dando todos los días y en todos los puntos de la tierra en que se deja sentir, pañales al recién nacido, y al pobre vestido para cubrirse y cama para descansar. El hace resonar en todos los oídos cristianos estas palabras de un gran doctor de la Iglesia: "Al famélico pertenece el

pan que guardas en tu casa, al desnudo el vestido que tienes encerrado en el fondo de tu arca; al descalzo, ese calzado que la polilla se come; al necesitado, ese dinero que tienes enterrado. Cuantos sean los pobres que pudiendo socorrer no socorras, tantas serán las injusticias que cometas (1)."

4^a *Visitar al enfermo.* El mundo pagano que contaba por miles sus teatros, no tenían un solo hospital. Mas sopló el espíritu de piedad, y el mundo se llena de palacios para recibir á las víctimas de las enfermedades humanas. Generacion tras generacion, estos palacios se han poblado de ángeles visibles cuyo risueño semblante ha consolado al enfermo, cuya industriosa caridad le ha procurado mil dulzuras y cuya mano, suave y fuerte á la vez, ha curado sus llagas ó ahuecado la paja de su lecho. El mismo espíritu lleva, sin cesar un solo dia, á la dama caritativa, á la discípula de San Vicente de Paul, al asilo del sufrimiento; y bajando así el fuerte hasta el débil, contribuye, más eficazmente que todos los discursos, á apratar los lazos sociales.

5^a *Consolar al preso.* Ordinariamente el pobre, lo mismo que el enfermo, pueden en muchas circunstancias exponer sus necesidades y excitar la compasion. Este recurso falta al prisionero. Una doble barrera aleja de él la caridad; los muros de su prision y la repugnancia que inspira. Gracias al don de piedad, los horribles calabozos del paganismo y las fétidas mazmorras del mahometismo se han cambiado en prisiones menos mortíferas. El prisionero no

1. Esurientis est panis ille quem tu apud te detines. Nudi, vestis illa quam in cella tibi servas. Discalceati, calceus ille qui domi tuae putredine corrumpitur. Egeni, argentum quod humi defossum habes. Itaque tot injuria afficis, quod tuis rebus, dum licet, non juvas. *S. Basil. conc. iv de Elemos.*

estará ya solo para devorar sus lágrimas y arrastrar sus cadenas; y si debe subir al patíbulo, tendrá un brazo fraterno que lo sostenga, y un amigo desinteresado que lo consuele y le abra el cielo en recompensa de su sacrificio.

6^a *Redimir al cautivo.* La Roma pagana daba al acreedor el derecho de vender por dinero al deudor insolvente. El Espíritu de piedad al soplar sobre el mundo, no solamente abolió este derecho bárbaro, sino que inspiró al mismo tiempo fundaciones consagradas al rescate del deudor. Toda la antigüedad pagana hacia la guerra para conquistar botin y esclavos; rara vez se rescataba á los soldados prisioneros. Ser vendidos como bestias de carga, inmolados sobre la tumba de los vencedores, ó reservados para los juegos homicidas del anfiteatro, era la suerte ordinaria que les esperaba. Gracias al don de piedad la guerra se ha hecho más humana; la vida de los prisioneros es respetada, su canje ó su rescate ha venido á ser ley sagrada entre las naciones cristianas. El cautivo cristiano, cualquiera que sea su nombre, su condicion ó su país, es para el cristiano un hermano y amigo. Los anales de Marruecos, de Tanger, de Tunez, de Argel y otras mil ciudades, darán eternamente cuenta de los milagros de redencion, verificados durante muchos siglos á favor de los cautivos cristianos (1).

7^a *Enterrar á los muertos.* Colocar en el número de las otras más excelentes todo lo que más repugna á la natu-

1. Desde 1,198, hasta 1,787, los Trinitarios rescataron en las costas de Berbería 900,000 esclavos. Por su parte los Padres de la Merced libertaron 500,000. Contando los gastos de viaje y de transporte, los derechos que tenían que pagar y otras extorsiones de dinero, el precio de un esclavo ascendía por término medio á 6,000 libras, lo cual para 1,200,000 da el total enorme de 7,000,000 de pesetas. ¡Y aún se habla de la caridad moderna y de la filantropía! Véanse los Anales de la propagacion de la fé, n. 233, p. 271, an. 1867.